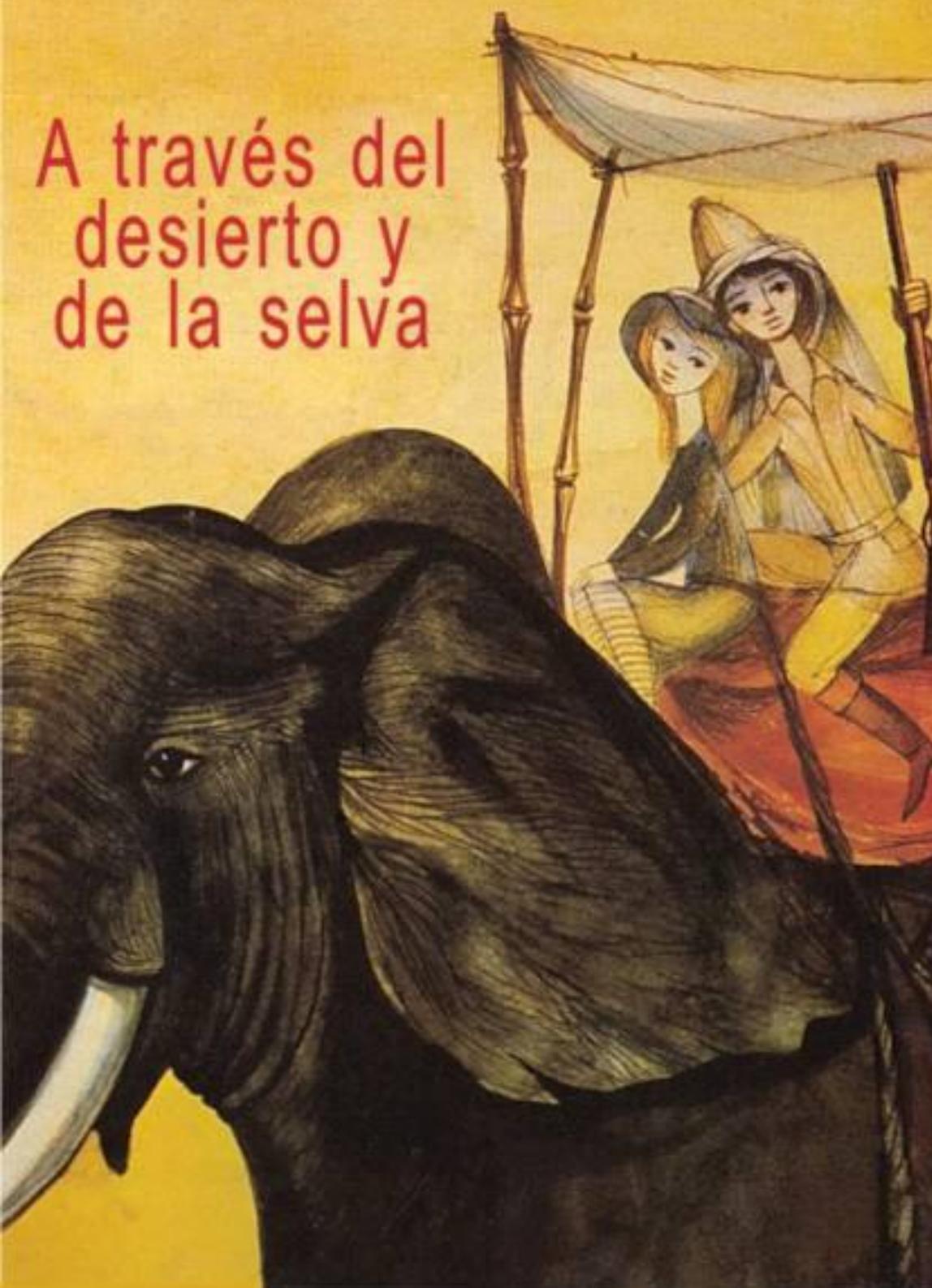


HENRYK SIENKIEWICZ

A través del
desierto y
de la selva



Narración de aventuras africanas a la vieja usanza y deliciosamente políticamente incorrecta. Egipto, 1885. Revuelta encabezada por el Mahdi, un sujeto que se autoproclama un enviado de Mahoma contra la dominación inglesa.

Stas y Nel, un chico polaco y una niña inglesa, hijos de ingenieros que trabajan en la construcción del canal de Suez, son raptados por los seguidores del Mahdi, pero logran huir.

Capítulo 1

—Oye, Nel —dijo Estasio a su pequeña amiga—, ¿te acuerdas de aquella mujer llamada Fátima, la esposa del guarda Esmáin, que iba algunas veces al despacho de tu papá y del mío? Pues ayer la detuvieron con sus tres hijos.

Al oír esto, la niña levantó asustadita sus lindos ojos y le preguntó:

—¿Y los han llevado a la cárcel?

—No; pero no los han dejado marcharse al Sudán y los tienen bajo vigilancia para que no salgan de Port Said.

—¿Y por qué, Estasio?

El muchacho, que tenía ya catorce años cumplidos y que a pesar de lo mucho que quería a la inglesita la miraba como a un ser inferior por tener solamente ocho, le respondió desdeñosamente:

—¡Bah! Cuando llegues a tener mi edad comprenderás lo que pasa en Port Said y en todo el Egipto. ¿No has oído nunca hablar del Mahdi?

—Claro que sí. Dicen que es un hombre feo y malo.

El muchacho sonrió compasivo ante la ingenuidad de su amiguita y replicó:

—¡Pero qué cosas dices, Nel! No sé si es feo o no lo es; los del Sudán aseguran que es guapo. Pero decir de un bandido como ese que es malo nada más... ¡Vamos!, eso no lo puede decir más que una criaturita como tú, que lleva todavía las falditas muy por encima de la rodilla.

—Pues eso es lo que me ha dicho papá, y él lo sabe muy bien.

—Tu papá te lo ha dicho de esa manera para que lo entiendas, pero a mí me lo hubiera dicho de otro modo. El Mahdi es más temible que una manada de cocodrilos. ¿Lo comprendes ahora?

Pero al ver que la niña se entristecía, prosiguió en tono más suave:

—No te pongas triste, Nel, yo no quería disgustarte. Aguarda, que tú también llegarás a tener catorce años como yo.

—Sí —replicó la niña—. Pero ¿y si ese Mahdi viene a Port Said y me come?

—El Mahdi no se come a nadie, criatura, porque no es antropófago. Además, no vendrá a Port Said; pero aunque viniera, antes de hacerte a ti ningún daño, tendría que habérselas conmigo.

Y diciendo esto abrió Estasio su navaja y tiró una cuchillada al aire con denodado valor, y la niña, ya tranquilizada con respecto a su seguridad personal, preguntó:

—¿Y por qué no dejan que Fátima salga de Port Said, Estasio?

—Porque es un familiar del Mahdi, y Esmáin, su marido, se comprometió con el Gobierno egipcio a negociar en el Sudán el rescate de los europeos que están allí cautivos.

—Entonces no es malo ese Esmáin.

—Déjame que te cuente, espera. Tu papá y el mío, que le conocían muy bien, advirtieron al Gobierno que no se fiara de ese hombre. No les hicieron caso, le enviaron al Sudán, y allí se está tan tranquilo hace ya medio año, y entretanto los cautivos no aparecen. Se han recibido noticias de Kartúm de que los tratan peor que antes; que Esmáin se ha quedado con el dinero que le dieron para el rescate; que le han nombrado emir, y que fue él quien dirigió la artillería del Mahdi en la batalla en que murió el general Hicks; que ha organizado una especie de ejército entre aquellos salvajes, con los cañones de que se habían apoderado y que antes no sabían manejar. Sin duda, había pensado llevarse

ahora a su mujer y a sus hijos, y cuando Fátima, que debe de conocer perfectamente los planes de su marido, iba a salir de Port Said, ha recibido orden de no moverse.

—¿Y qué les importan a los de aquí Fátima y sus hijos?

—Les importan mucho, porque el Gobierno podrá decir al Mahdi: «No te devolveremos a Fátima mientras no nos entregues a los cautivos».

Una bandada de aves que se dirigían de Ektun-om-Farag hacia el lago Menzaleh distrajo la atención de Estasio. Volaban bastante bajo, y en el claro horizonte podían distinguirse claramente algunos pelícanos que, con los cuellos encorvados, agitaban sus enormes alas al compás. Estasio agachó la cabeza, extendió los brazos y echó a correr agitándolos, para imitar el vuelo de las aves.

—¡Mira, Estasio, mira! Van también algunos flamencos —exclamó Nel.

El muchacho se detuvo, y, en efecto, vio tras los pelícanos algo parecido a dos abultadas flores matizadas de rosa y púrpura, como suspendidas del claro cielo.

—¡Son flamencos, sí, sí, son flamencos! —insistió de nuevo la inglesita.

—Sí que lo son —confirmó Estasio—. Vuelven a sus isletas a la caída de la tarde. ¡Lástima que no tenga aquí mi escopeta!

—¿Para qué?

—Las mujeres no entendéis de esas cosas. Sigamos, que aún hallaremos más.

Y diciendo esto tomó a la niña de la mano y, seguidos de la negra Dinah, la vieja nodriza de Nel, llegaron al terraplén que separa el lago Menzaleh de las aguas del Canal, por el que navegaba en aquel momento un buque inglés. El sol estaba todavía bastante alto, pero iba bajando poco a poco a hundirse en el lago, dorando y tiñendo con los más bellos colores sus aguas temblorosas.

Por la ribera árabe, a todo lo largo del Canal, no se distinguía más que un inmenso desierto, silencioso, misterio-

so, muerto.

Sin embargo, por el Canal se deslizaba un gran número de barcas y se oía el silbido de las sirenas de los vapores, sobre el lago Menzaleh revoloteaban como chispas infinidad de gaviotas y aves marinas. A este lado se agitaba la vida; y al otro, en la ribera árabe, parecía comenzar el reino de la muerte. Y cuando el inmenso disco del sol, descendiendo más y más, se enrojeció como una bola de fuego, cambió también el dorado color de las arenas y empezaron a adquirir un tinte violáceo, semejante al que toman en otoño los álamos en los bosques de Polonia.

En Egipto suelen haber noches muy frías después de un día de gran calor, y como la salud de Nel era muy delicada, su padre no permitía que permaneciese cerca del Canal después de la caída del sol.

La nodriza advirtió que era hora de regresar, y los niños lo hicieron dando la vuelta a la ciudad, a cuya entrada se hallaba la quinta del señor Rawlison, a la que llegaron en el mismo momento en que el sol se precipitaba en el mar.

Poco después llegó el ingeniero Tarkowski, padre de Estasio, que había sido invitado aquella noche, y como estaba todo dispuesto se sentaron inmediatamente a la mesa, en compañía de la señora Olivier, institutriz de Nel.

El señor Rawlison era uno de los directores de la compañía del Canal de Suez, y Ladislao Tarkowski, ingeniero de la misma compañía. Los unía, desde hacía muchos años, una estrecha amistad. La mujer del ingeniero Tarkowski, que era francesa, había muerto al dar a luz a Estasio, y la madre de Nel había sucumbido víctima de la tisis en Heluán, cuando la niña contaba apenas tres años. La vecindad y las relaciones de sus cargos respectivos contribuyeron a crear entre los dos hombres una gran intimidad, aumentada por la semejanza de sus infortunios.

El señor Rawlison quería a Estasio como si se tratara de un hijo suyo, y el ingeniero hubiera dado la vida por Nel. Nada los complacía más que, una vez terminadas sus tareas

diarias, ponerse a levantar castillos en el aire acerca del porvenir de sus hijos, y mientras Rawlison ponderaba el talento, la energía y la decisión de Estasio, Tarkowski elevaba hasta las nubes la belleza y la dulzura de Nel. Y los dos tenían razón.

El chiquillo era un poco altanero y presuntuoso, pero buen estudiante y de los más inteligentes de la escuela de Port Said, y en cuanto a iniciativa y valor, hacía honor a su origen.

Su padre había tomado parte en la insurrección de 1863, en la cual, herido y hecho prisionero, fue deportado a Siberia, de donde logró fugarse, y al terminar sus estudios de ingeniero hidráulico obtuvo una plaza en la compañía del Canal de Suez, donde su laboriosidad, su actividad y talento le hicieron ascender rápidamente al grado de ingeniero jefe.

Estasio vio la luz por primera vez en Port Said; allí creció e hizo sus estudios, por lo que los compañeros de su padre le llamaban el *Hijo del Desierto*. Rawlison y Tarkowski no hicieron una sola visita de inspección de las obras del canal en la que no los acompañara Estasio, siempre que sus estudios se lo permitieron. No había ingeniero, ni empleado, ni árabe, ni negro alguno entre los trabajadores a quien él no conociera. Lo recorría todo, se interesaba por todo, lo revolvía todo; no iba una vez allí que no se embarcara en una lancha y se internara en el lago Menzaleh, algunas veces bastante adentro. Otras, pasaba a la orilla árabe y, apoderándose de la primera cabalgadura que encontraba, ya fuera caballo, asno o camello, se ponía a imitar al faquir en el desierto.

A su padre no le disgustaban esas aficiones, convencido de que el ejercicio del remo, la equitación y la vida al aire libre robustecían su cuerpo y despertaban su espíritu. Efectivamente, Estasio excedía en estatura y en fuerzas a los otros muchachos de su edad, y bastaba mirar sus ojos para

leer en ellos que no era fácil que cediera ante cualquier peligro.

Era ya entonces uno de los mejores nadadores de Port Said, lo cual es mucho decir, pues los negros y los árabes nadan como peces, y no era menos diestro en el ejercicio del tiro. Raro era el ánade que escapaba a su puntería, y esto avivaba de tal modo su afición a la caza, que nada le atraía tanto como escuchar a los negros que trabajaban en el canal cuando contaban los peligros y las peripecias de las cacerías de fieras en el África Central.

El Canal de Suez, empresa gigantesca del ingeniero Lesseps, en cuya apertura trabajaron veinticinco mil hombres, exige aún en nuestros días constantes cuidados, sin los cuales las arenas de sus orillas lo cegarían en menos de un año, y aunque las máquinas sustituyen hoy en esos trabajos la fuerza de muchos brazos, trabajan allí continuamente millares de hombres. Y aunque la mayoría son egipcios, no faltan naturales de Abisinia, del Sudán, del país de los somalí y negros del Nilo Blanco y Azul.

Estasio hablaba y se trataba con todos, y poseyendo, como la mayoría de los polacos, una gran facilidad para los idiomas, se halló en posesión de muchos de ellos, casi sin saber cómo. Nacido en Egipto, hablaba el árabe a la perfección; en el trato con los negros de Zanzíbar, que solían ser los fogoneros de las máquinas, aprendió el dialecto ki-swahili, muy extendido por el África Central, e incluso llegó a entenderse con los de las tribus de Dinka y Syluk de la comarca de Fashoda, en el Alto Nilo. Además hablaba muy bien el inglés, el francés y el polaco, ya que su padre, como buen patriota, cuidaba mucho de que su hijo conociera el idioma de su patria. Estasio consideraba que su idioma era el más hermoso y sonoro del mundo, y quiso enseñárselo a Nel, sin que perdiera el tiempo con ello, aunque jamás logró que la inglesita dijera bien su nombre Stas^[1], que ella pronunciaba Stes. Pero el muchacho era tan testarudo, que no abandonaba la partida hasta que las lágrimas asomaban

a los ojitos de la niña, y entonces era el propio «Stes» quien, enfadándose consigo mismo, le pedía perdón.

De lo que no podía corregirse era de la indelicada y fea costumbre de hablar con desprecio de los ocho años de Nel comparándolos con sus catorce. Sostenía que un muchacho de su edad, si no es un hombre hecho y derecho, no es ya por lo menos un niño, y que puede realizar las acciones más heroicas, sobre todo si corre por sus venas sangre polaca y francesa. Y en realidad no eran poco vehementes los deseos que tenía de que se le presentara ocasión de realizar tales hazañas, sobre todo y a ser posible en defensa de Nel. Por eso se entretenían con frecuencia pensando sobre mil peligros que se pudieran ofrecer, los cuales debía inventar Nel para que Estasio hallara el modo de vencerlos.

—¿Qué harías, Stes —preguntaba, por ejemplo, la niña—, si se nos colara por la ventana un cocodrilo de diez metros, o un escorpión tan grande como un perro?

Estasio respondía con descripciones de un valor temerario, y así pasaban las horas divertidos, sin sospechar siquiera que la más viva realidad había de superar en breve plazo sus fantásticas imaginaciones.

Capítulo 2

Una sorpresa gratísima vino a alegrar a los niños durante la cena.

Sus respectivos padres, los ingenieros Tarkowski y Rawlison, conocidos en Egipto como los peritos más expertos, habían sido designados para inspeccionar las obras de canalización de la provincia de El Fayum, en las cercanías de Medinet, junto al lago Karún, y en las orillas de los ríos Jusuf y Nilo. El desempeño de esta misión debería durar un mes entero, en vista de lo cual, y por estar próximas las fiestas de Navidad, decidieron que los acompañaran los niños.

La alegría de los muchachos ante aquella inesperada noticia fue indescriptible. Hasta entonces sus excursiones se habían reducido a las ciudades de Ismailia y Suez, Alejandría y El Cairo, sin que las más largas pasaran de las pirámides y la esfinge. Pero la excursión a Medinet significaba un día entero en tren a lo largo del Nilo hasta El Wasta, y de allí se seguía hacia poniente en dirección al desierto de Libia.

Estasio conocía Medinet a través de los relatos de los cazadores que solían ir allí en busca de aves, lobos y hienas. Por ellos sabía que aquella provincia era un gran oasis situado a la izquierda del Nilo, libre de sus inundaciones y dotado de un magnífico sistema de riego, gracias al lago Karún, al río Jusuf y a toda una red de canales; que separada del Egipto por el desierto, solo estaba unida a él por las relaciones políticas y por el río Jusuf, el cual corre desde allí hasta el Nilo, y que la abundancia de aguas, la fertilidad del

suelo y su asombrosa vegetación hacían de aquel oasis un paraíso. Esto, añadido a la proximidad de las ruinas de Cocodrilópolis, atraía allí miles de turistas durante el año. No obstante, a Estasio le atraían más las riberas del lago Karún con su diversidad de aves acuáticas, y las desiertas colinas de Guebet-el-Sedment, pobladas de lobos.

Faltaban aún varios días para las vacaciones, pero los ingenieros no podían retrasar el viaje, y decidieron partir ellos inmediatamente y que fueran los niños una semana después con la señora Olivier.

Esta decisión no era muy del agrado de Nel ni de Estasio; pero el muchacho no replicó, conformándose con hacer varias preguntas acerca de los detalles del viaje.

Le entusiasmó saber que, en lugar de los incómodos hoteles que tienen instalados allí los griegos, se albergarían en tiendas de campaña levantadas en campo raso, expresamente para ellos, por la compañía Cook, la cual acostumbra, en efecto, proveer a los viajeros que van de El Cairo a Medinet de todo lo necesario para su estancia allí, como tiendas, servidumbre, cocineros, víveres, guías, asnos, caballos, camellos, a fin de que el viajero no tenga que preocuparse por nada.

Desde luego, ese modo de viajar no es económico; pero como el viaje era costeadado por el gobierno egipcio, Tarkowski y Rawlison no tenían que pensar en hacer economías.

Nel se sintió la niña más feliz del mundo cuando, para remate de tan risueña perspectiva, se le prometió un dromedario para hacer sus excursiones al lago Karún con su institutriz, con Dinah y Estasio, y a este una magnífica escopeta de marca inglesa con todos los arreos de caza, siempre que obtuviera buenas notas en los próximos exámenes.

Ninguno de estos proyectos e ilusiones, que fueron el plato más sabroso de la cena para los niños, satisfacían a la señora Olivier.

Ella, que no hubiera trocado las comodidades de la quinta Rawlison en Port Said por nada del mundo, se horrorizaba solo de pensar que tendrían que pasar todo un mes bajo una tienda de campaña.

Y no digamos nada ante la idea de las excursiones en dromedario. En contadas ocasiones la curiosidad la había llevado, como a todo europeo que llega por primera vez al Egipto, a probar esa clase de cabalgadura, pero con muy poca fortuna, ya que una vez se levantaba el animal antes de que ella se hubiese acomodado bien, se deslizaba por la grupa hasta el suelo; otras, al sentir aquel peso tan enorme, el dromedario daba tales sacudidas, que la pobre pasaba dos o tres días sin poder moverse. En resumen, así como después de las primeras pruebas Nel afirmaba que no había en el mundo mayor placer, la señora Olivier no podía imaginar mayor tormento.

—Eso está bien para un árabe gigantón, o para un mosquito como tú, que no pesas más que una pluma —decía—; no para personas de mi edad, no muy ligeras de peso, y además propensas al mareo.

Y todo eso, con ser tanto para ella, era lo que del proyectado viaje apenaba menos a la señora Olivier. En Port Said, Alejandría, El Cairo y en el Egipto entero no se hablaba más que del Mahdi y de sus fechorías, y como ella no tenía noción de las distancias, temía que aquella ciudad de Medinet estuviese cerca del foco de la insurrección, y se dirigió al señor Rawlison exponiéndole sus temores, pero él la tranquilizó diciéndole alegremente:

—¿Sabe usted, señora, qué distancia hay desde Medinet a Kartúm, donde tiene ahora cercado el Mahdi al general Gordon?

—No, señor; no lo sé.

—Pues exactamente la misma que de aquí a Sicilia.

—En efecto —añadió Estasio—. Kartúm está en la confluencia del Nilo Blanco y Azul, de la cual nos separa casi todo el Egipto y la Nubia entera. Además...

Iba a decir que con la escopeta que su padre había prometido regalarle ya podía estar el Mahdi donde quisiera, pero recordó que no le permitía tales bravatas, y no terminó la frase.

Tarkowski y Rawlison siguieron hablando del Mahdi y la insurrección, pues aquel era entonces el tema de todas las conversaciones en Egipto. Las últimas noticias recibidas de Kartúm no eran muy satisfactorias. Hacía mes y medio que las hordas habían cercado la ciudad, sin que ni el Gobierno egipcio ni el inglés se aprestaran a socorrerla, por lo cual se temía que, a pesar de la pericia y el valor del general Gordon, acabaría por caer en manos de aquellos salvajes. Tarkowski compartía esta opinión y sospechaba que Inglaterra lo permitía deliberadamente, dejando que el Mahdi se apoderase del Sudán, desligándolo de Egipto, para arrebatárselo después al Mahdi y establecer una colonia inglesa en aquel inmenso país. Sin embargo, no se atrevió a manifestar sus sospechas, por temor a herir los sentimientos patrióticos del señor Rawlison. Pero al levantarse de la mesa, Estasio le preguntó por qué Egipto se había apoderado de todo el país situado al mediodía de la Nubia, es decir, de Kordofán, Darfur y del Sudán hasta el Alberto Nyanza, privando de libertad a sus habitantes.

El señor Rawlison le aclaró que Egipto lo había hecho de acuerdo con Inglaterra, porque estaba bajo su protectorado.

—Pero esta medida no ha privado a nadie de libertad —agregó—; al contrario: se ha devuelto la libertad a miles y millones de almas. Anteriormente al protectorado no existían ni en Kordofán, ni en Darfur, ni en el Sudán verdaderas nacionalidades. Raramente encontrábase algunas tribus reunidas, o mejor dicho, esclavizadas por algunos pequeños tiranos, por lo general árabes mauritanos, los cuales, en continua guerra entre sí, no respetaban vidas ni haciendas. Pero el mayor azote de estos países eran los traficantes en marfil y esclavos. Representaban una especie de clase so-

cial, a la que pertenecían los jefes de las tribus y los más poderosos guerreros. Frecuentemente organizaban incursiones hasta el corazón de África, talando, quemando y destruyendo cuanto hallaban a su paso, y regresaban con un fantástico botín de marfil y esclavos. Así fueron despo-blándose todas las comarcas del Sudán, Darfur, Kordofán y del Nilo Alto, hasta la región de los grandes lagos. Pero aquellos insaciables y desalmados negociantes se internaban más y más en el corazón de África, sembrando en ella el terror y la destrucción y convirtiéndola en un mar de lágrimas y sangre. Fue entonces cuando Inglaterra, que como tú sabes, persigue por todo el mundo el comercio de esclavos, permitió al Egipto apoderarse de aquellas comarcas, como único medio de acabar con tan inhumano tráfico y mantener a raya a aquellos salvajes. Los desdichados negros entonces pudieron respirar; cesaron las rebeliones y los indígenas comenzaron a disfrutar de libertad. Era natural que tal estado de cosas no fuera del agrado de aquellos mercaderes, entre los cuales hubo uno más atrevido, llamado Mahomed-Achmed, conocido hoy por el Mahdi, el cual indujo a los naturales a la guerra santa, haciéndoles creer que la fe de Mahoma se iba desterrando de Egipto. Fueron muchos los que le secundaron, provocando una guerra, en la que el Gobierno egipcio lleva hasta ahora la peor parte. El Mahdi ha derrotado y aniquilado en varios encuentros a las tropas egipcias, apoderándose de Kordofán, Darfur y el Sudán. Y las suyas, entretanto, van corriéndose hacia los confines de la Nubia, y en este momento tienen cercado y asediado Kartúm.

—¿Y llegarán hasta Egipto? —preguntó Estasio.

—De ninguna manera. El Mahdi espera lograrlo, pero es un iluso que no sabe lo que dice. Al Egipto no llegarán, porque Inglaterra no lo consentirá.

—¿Y si el ejército egipcio queda aniquilado?

—Entonces tendrán que enfrentarse con el inglés, que es invencible.

—¿Y por qué Inglaterra ha permitido al Mahdi ocupar todas esas provincias?

—¿Y de dónde sacas tú que Inglaterra lo ha permitido? ¿No sabes que las naciones poderosas nunca se precipitan?

—En aquel momento entró un criado negro y anunció que Fátima de Ismaín pedía audiencia y esperaba en la puerta.

En el oriente las mujeres no se ocupan más que de sus labores domésticas y difícilmente salen de los harenes. Son las más pobres las que van al mercado o a trabajar al campo, y en uno y otro caso, llevan siempre el rostro cubierto. Y aunque Fátima procedía del Sudán, donde se han desterrado esas costumbres, y ya en alguna otra ocasión había ido al despacho del ingeniero Rawlison, no dejó de extrañarle a este su visita a aquellas horas.

—Ella nos dará nuevas noticias de Esmáin —dijo Tarkowski.

—¡Que pase! —dijo Rawlison, indicando con un ademán al criado que introdujera a Fátima.

Casi en seguida penetró en la sala una mujer joven, de talle esbelto, con el rostro descubierto, de tez negra y ojos bellísimos, aunque de mirada torva y siniestra.

Al entrar se echó en tierra, pero a una orden del señor Rawlison se incorporó, quedando de rodillas, y dijo:

—¡Sidi, la bendición de Alá venga sobre ti, sobre tus hijos, sobre tu casa y sobre tus ganados!

—¿Qué deseas? —preguntó el ingeniero.

—¡Piedad, auxilio y protección, señor! Estoy presa desde ayer y sentenciada a muerte con mis hijos.

—Pues si estás presa, ¿cómo te han permitido venir aquí, y a estas horas?

—He venido conducida por los guardias, que no se separan de mí día y noche, y sé que tienen orden de cortarme la cabeza en breve plazo.

—¡Habla con más discreción! —exclamó Rawlison severamente— no estás en el Sudán, sino en Egipto, donde no